



VIII.- Para empezar a hablar de la muerte

Juan Miguel Batalloso Navas

batalloso@outlook.es

Esta es la tercera vez que hablamos de "*El arte de vivir*" y la verdad es que después de todo lo que sobre este tema hemos dialogado en ocasiones anteriores y la casi infinita cantidad de información disponible elaborada por estudiosos, filósofos, gurús, poetas, así como maestros, maestras y seres humanos de toda condición, nada hay que yo pueda decir que no se haya dicho ya. Pero mi amigo Antonio Durán, del que tantas enseñanzas he recibido, me sugiere ofrezca por escrito unas ideas y por eso escribo esto, sin más ánimo que el de compartir con él y con todos los interesados lo que personalmente entiendo o puedo decir, de momento, de este asunto.

Para empezar, diré que mi preocupación por este tema de alguna manera ha cambiado después de tres años, porque ya no me preocupa tanto "El arte de vivir", algo por cierto que no se termina nunca de aprender mientras estamos vivos. Por el contrario, ahora me preocupa más "El arte de morir", un tema para mí de fundamental importancia especialmente en este último año en el que he sentido profundamente el zarpazo de ver como uno de mis amigos más entrañables y cercanos se ha ido y me ha dejado huérfano. No obstante, he de señalar también que la palabra "morir" o la "muerte", tiene para mí un significado que va mucho más allá del drama de la pérdida o del duelo, aunque de estas cosas es muy fácil hablar cuando no se han vivido en propias carnes el dolor, la enfermedad o la ausencia.

Puestos a mirar los acontecimientos humanos de una forma menos dramática, la palabra "**muerte**" y/o el verbo "**morir**" tienen una cierta seducción e interés, en cuanto siempre nos anuncian la posibilidad de que nazca algo nuevo, algo diferente bien dejando

atrás algo o pasando página de aquello que nos ata, esclaviza, limita, dificulta o sencillamente nos aburre y hace de nuestra existencia una rutina de acciones prosaicas de pura supervivencia vacía de pasión y poesía. Dicho en otras palabras, vivir y morir son procesos inseparables desde todos los puntos de vista y desde todas las dimensiones que deseamos observar y analizar esos procesos.

Me preocupa pues "*El arte de morir*", porque en realidad dicho arte es la misma cosa que "*El arte de vivir*" y me preocupa, tanto en el sentido de prepararme para la muerte, es decir, prepararme para la Nada Eterna, como en el sentido abandonar aquello que me impide vivir más plena, auténtica e integralmente mi propia vida, que al fin y al cabo es lo único que tengo en última instancia, si es que puedo decir que tengo algo, porque como es sabido y al constituirnos como seres de vínculos, los humanos nunca acabamos de pertenecernos del todo. Visto así, aprender morir, es aprender a vivir y si aprender a morir es aceptar el Vacío y la Nada Eterna, necesariamente aprender a vivir tal vez signifique también, aprender a asumir nuestra insignificancia, vulnerabilidad y vacuidad.

Claro que, a estas alturas, ya no puedo conformarme con recetas o respuestas ingenuas de tipo epicúreo en el sentido de decir que ahora que escribo, la muerte no es nada y una vez muerto pues no escribo ¿Para qué preocuparme entonces? Ni tampoco me sirven ya esos consejos de vivir como si no te fueras a morir nunca, porque lo quieras o no, el tiempo de la muerte se nos acerca, lo sentimos y nos produce distintos tipos de miedo, según sea nuestro estado emocional en cada momento, aunque creo que el miedo a la muerte se cura y se mitiga con la edad y la conciencia de que todo irremisiblemente todo termina por morir. ¿Acaso no estamos muriendo a cada instante? ¿Acaso no estamos pagando continuamente hipotecas y haciendo inversiones psicoemocionales como le gusta decir a mi amigo Antonio y aun así una vez pagadas volvemos a embarcarnos en nuevas apuestas y aventuras? Todo pues muere y resucita para volver a morir y resucitar otra vez muriendo en un ciclo interminable. Esta es la razón por la que es mucho más productivo y nutritivo hablar de la vida antes de la muerte que después de ella, porque después de ella nada, absolutamente nada podemos conocer y si inventamos algo lo hacemos siempre desde aquí y no desde allá. Por supuesto que es de vivos tener miedo a la muerte y preocuparse por lo desconocido dada nuestra condición de seres simbólicos, metacognitivos y trascendentes en el sentido de que siempre tenemos la posibilidad de ir más allá para liberarnos o consolarnos de nuestros miedos.

En este punto, tampoco me sirven para mucho los dogmas a palo seco o al pie de la letra que proceden de creencias religiosas y espirituales, de reencarnaciones, transmigraciones, resurrecciones, puntos de luz cósmica, almas flotantes y demás productos de la espiritualidad light tan de moda y que prometen la salvación mediante la práctica de estados alterados de conciencia meditativos en fines de semana. Sin embargo, y siendo sincero, no puedo negar que me atraen mucho los relatos, las leyendas y los mitos, porque creo que en ellos se encuentra en gran medida la síntesis misteriosa del fenómeno de la conciencia humana. Por eso tal vez coincida con Antonio, que tanto las religiones como la filosofía son producciones y creaciones literarias y culturales ("*antropotecnologías*" esféricas dicho al gusto que Antonio tiene por Sloterdijk), que funcionan como sistemas inmunitarios de la conciencia ante el dolor y el miedo que produce el vacío, la vejez, la enfermedad y la muerte.

En fin, que este tema es muy difícil para mí y aunque he tenido la suerte de vivir una "*Experiencia Cercana a la Muerte*" que en gran medida me marcó, verdaderamente no tengo nada definitivamente claro y verdaderamente cada vez estoy más confuso. Claro está, que esto no quita que tenga algunas ideas que me seducen y me ayudan a soportar

este espacio-tiempo infinitesimal de existencia entre los dos infinitos de Vacío de antes del nacimiento y después de la muerte. Y es que como dice el místico Willigis Jäger, “***La ola es el mar***”.